

1

DÍAS DE CLASE

—¿Cuántas veces la señorita Paula nos ha contado el cuento del señor Bombo?

—No lo sé.

—¿Cuántos botones tiene la camisa que lleva puesta Álvaro?

—No lo sé.

—¿Cuántas veces ha sacado Bea mina a su lapicero?

—No lo sé.

—¿Cuántas veces ha venido a clase Damián con su chubasquero azul?

—No lo sé.

—¿Cuántos caramelos de plátano se ha comido Elisa desde que comenzó el curso?

—No lo sé.

—¿Cuántos días faltan para que Gonzalo regrese a clase?

—No lo sé.

—¿Cuántas veces te ha mirado Inés a los ojos?

—No lo sé.

—¿Cuántas veces por minuto sonrío Luisa?

—No lo sé.

—¿Cuántas diabluras ha hecho Marta en clase?

—No lo sé.

—¿Cuántas veces se alisa Noemí su melena rubia?

—No lo sé.

—¿Cuántas veces ha dicho Orlando «voy a dibujar un elefante sin trompa»?

—No lo sé.

—¿Cuántas veces ha bostezado Rodrigo?

—No lo sé.

—¿Cuántos nueves y dieces ha sacado Tomás?

—No lo sé.

—Pues, chica, no sabes nada.

—Ya lo has dicho tú. Sé cuántos cuentos va a tener este libro —me contestó Vanesa.

—¿Cuántos? —pregunté yo.

—¡Ah!, pasa la página y lo verás tú mismo —me dijo ella.

2

LA SEÑORITA PAULA

La señorita Paula es nuestra señorita, nuestra maestra. Tiene una sonrisa dulce, angelical. A la *seño* Paula le encanta la música. Todos los viernes por la tarde escuchamos música clásica. Después, y antes de irnos a casa, nos cuenta un cuento que tiene como protagonista un instrumento musical. El del señor Bombo nos lo ha contado un montón de veces. Me lo sé de memoria, pero no sé contarle ni la mitad de bien que lo cuenta ella.

Se sitúa delante de la pizarra, consulta su reloj de pulsera, y, mirando al infinito, nos dice que queda el tiempo justo para un cuento. Por ejemplo, el del señor Bombo:

Y una décima de segundo después de que el músico hiciese sonar su bombo con un poderoso *booooong* en re menor, el director de la orquesta bajó su batuta y dio por terminada la sinfonía.

Se giró, miró al público asistente al concierto y agachó repetidas veces su cabeza. El público empezó a aplaudir, incluso un señor de bigote muy fino, como dibujado con rotulador, se levantó de su asiento y aplaudió a rabiar.

El director de orquesta, extendiendo la palma de su mano hacia arriba, reconoció la valía de sus músicos. Y el público les premió con otro gran aplauso.

Plaas, plaaas, plaas.

Lo que antes había sido suave y cálida música que envolvía el corazón, era, en ese momento, un gran murmullo de voces, de toses, de ruidos de tacones de zapatos. El concierto había terminado. La gente abandonaba la sala.

Los cuarenta músicos que formaban la orquesta dejaron con cuidado los instrumentos. Salieron por una puerta que

daba directamente a los camerinos. La gran sala se quedó vacía de personas y sonidos, pero no de instrumentos.

Encima de las banquetas se podían ver las flautas, los violines, el oboe, la tuba... Sobre el suelo, el piano. Y el bombo, el último instrumento en sonar, descansaba al lado de los timbales.

—Qué palizas me pega este hombre —se dolió el Bombo, mirando al más pequeño de los timbales—. Cuando menos me lo espero coge la maza y me mete un palo que me deja seco.

—Di que sí —le alentó el timbal más grande—. A nosotros nos pegan, pero con delicadeza. Pero es que a ti..., suena en toda la sala: «BOOONG».

—Qué suerte tienen los violines que los acarician. O las trompetas que sueltan esas notas tan bonitas —se quejó el Bombo.

—¿Qué pasa aquí? —gruñó la batuta del director, poniéndose más tiesa que un ajo.

—El bombo que otra vez se está quejando —dijo el chivato del clarinete.





—Señor Bombo —alzó la voz la batuta—. ¿Le ocurre algo?

—No, nada. Lo de siempre. Que me voy a quedar sin costillas —dijo con pena.

Y una lágrima resbaló por el lateral de su piel de cabra canadiense. Que son las mejores pieles para hacer los bombos de las orquestas.

16

La señorita Paula cuenta muy bien los cuentos, cambia de voz cada vez que interpreta un personaje. La voz de la batuta es autoritaria, firme; la del señor Bombo es triste, como si no le saliesen las cosas bien.

Cuando la *seño* Paula termina el cuento nos queda el tiempo justo para guardar nuestras cosas en la mochila. Un guirigay de voces, de sillas invade la clase. El primero que sale de clase es Jacinto, con eso de que va a ser atleta, sale corriendo. Después, con ese aire de millonario tan personal, con esos pantalones sin una sola mancha, con esas camisas de rayas verticales: Álvaro.